

BRASIL

LA DEMOCRACIA DEL VOTO UNICO

EL jueves 29 de diciembre, el general Ernesto Geisel, que ocupa la presidencia del Brasil, convocó al jefe de sus servicios de información, general João Batista Figueiredo, para una reunión. Y formalmente le invitó para ocupar la presidencia del país, entre el 15 de marzo de 1979 y el 15 de marzo de 1985. Atento seguidor de las reglas del juego, Figueiredo contestó: "Si es una invitación, no acepto". Geisel, entonces, aclaró: "Es una orden". Como buen soldado, Figueiredo será el nuevo Presidente.

Para los 110 millones de brasileños, no queda otra alternativa que aceptar el hecho consumado: desde el golpe que derrocó al Gobierno del Presidente João Goulart, en 1964, nadie les pregunta nada. Los generales se turnan en el poder sin necesitar las urnas.

Una consulta popular, en todo caso, seguramente tornaría inútiles las formalidades y representaciones que tanto encantan a los militares. Una amplia encuesta de opinión pública realizada en enero, y sorprendentemente tolerada por el régimen, demostró que, en caso de elecciones democráticas, el "candidato" João Batista Figueiredo no obtendría más que un ridículo 7 por 100 de los votos. Necesitó sólo uno, el del general Geisel: cosas de la "democracia relativa".

Falta todavía un año para que Figueiredo finalmente llegue al sillón presidencial. En ese intermedio, se cumplirán las diferentes etapas de la consagración de su candidatura. Y mientras sigue la representación, Figueiredo y sus hombres de confianza estarán seguramente ultimando los preparativos para la gran faena: controlar la ebullición de 110 millones de brasileños saturados hasta la médula de vivir bajo un régimen que se desploma solo, y tratar de gobernar un país en eterna crisis: 40.000 millones de dólares de deuda externa, cons-

tante déficit en la balanza de pagos, desempleo, aberraciones en la distribución de la renta...

Para los brasileños, y muy en especial para su debilitada y humillada clase de los políticos profesionales, los dos próximos meses prometen algunos atractivos. Por primera vez, un civil decidió desafiar la casta de los militares, presentándose "candidato a candidato" a través del partido gubernamental, la ARENA



Magalhães Pinto: senador derechista y poderoso oligarca de la Banca privada.

(Alianza Renovadora Nacional). El veterano senador derechista José de Magalhães Pinto, poderoso oligarca de la Banca privada en Brasil y uno de los principales artífices del golpe de 1964, es ahora protagonista de esa folklórica hazaña. Obstinado como una vieja tortuga, Magalhães Pinto pasó los últimos seis meses recorriendo todo el Brasil en prolongados viajes electorales.

Teóricamente, Magalhães Pinto actúa de manera correcta: en la convención general del partido, será elegido candidato de la ARENA a la presidencia. Ese candidato será luego presen-



Palacio del Planalto, 1973: el candidato Geisel y Figueiredo acuden a entrevistarse con el entonces Presidente Médici.

tado al Congreso nacional de diputados para la votación definitiva. Como, a través de mecanismos impuestos por el régimen militar, el partido gubernamental tiene mayoría absoluta en el Parlamento, el nombre presentado por la ARENA es automáticamente consagrado por los nobles diputados nacionales. En la práctica, desde luego, las cosas son distintas. Hasta ahora, las disputas se limitaron al selectísimo núcleo de los jefes militares congregados en el Alto Comando de las Fuerzas Armadas. Geisel, el más individualista de todos los faraones militares brasileños, decidió por su cuenta que su del fin sería el general João Batista Figueiredo. No será, pues, un civil quien le contradiga.

Aún más quijotesca es la postura de Magalhães Pinto, cuando afirma que "todavía es posible una composición: yo como Presidente, Figueiredo como vice". Chistes aparte, la impertinencia del senador sin duda molestó a los poderosos. Tanto es así, que el propio calendario electoral, por más manoseado que sea, resultó demasiado elástico para el sistema, que resolvió acortar plazos para impedir sorpresas desagradables (se tiene por segura una votación del 20 por 100 para Magalhães Pinto en la convención final del partido gubernamental, demasiados votos para los ojos castrenses). Así, en lugar de realizarse en junio, como es tradición, el proceso final de elección del candidato de la ARENA terminará a principios de abril.

De todas maneras, el peregrinaje de Magalhães Pinto trajo algo interesante al panorama político brasileño: la opinión del pueblo. En todas las encuestas de opinión pública, el senador aparece como ganador (la última, realizada por el Instituto Gallup, le dio un 48 por 100 de votos, contra un 22 por 100 al general Figueiredo, caso de que los dos se presentasen como candidatos únicos en elecciones generales). En elecciones libres, Magalhães obtendría, siempre según el Gallup, un 11 por 100, contra 7 por 100 de Figueiredo. La misma pesquisa reveló otro dato importante: la mayor parte de los brasileños ignora totalmente quién es João Batista Figueiredo, y votaría a Magalhães por el hecho de ser civil. Esto fue avalado, además, por encuestas realizadas por la prensa, y que trajeron respuestas raras como la de un sereno de una fábrica de Curitiba, provincia de Paraná: "¿Ese señor trabaja aquí?". Al ser informado que "ese señor" sería el nuevo Presidente, el sereno aclaró: "Bueno, ya sabe usted, como no hay más elecciones, uno termina sin saber los nombres de los políticos..."

Más que el desconocimiento popular, otros problemas deben ocupar el tiempo y las preocupaciones del nuevo Presidente. Cuando llegue a su despacho, el lunes 19 de marzo de 1979, Figueiredo encontrará realidades como ésta: una deuda externa oficial de por lo menos 33.000 millones de dólares (otras fuentes la sitúan en 40.000 millones),

y que exigirá, en ese mismo año, el pago de unos 8.000 millones entre intereses y amortizaciones —es decir, el equivalente a más de la mitad de las exportaciones previstas para 1978—. Además, una inflación calculada en un 40 por 100, y una serie de crecientes dificultades para la colocación de productos brasileños en el mercado internacional. Eso, en el económico. En el panorama social, el futuro es imprevisible, aun en un plazo tan corto como podría ser un año y en un país generalmente apaciguado como Brasil.

El año 1977 marcó el retorno de una vieja imagen, casi olvidada en el país: las movilizaciones populares. En efecto, a lo largo de todo el año se multiplicaron las manifestaciones estudiantiles y hubo una intensa movilización en el ámbito sindical, mientras juristas y profesionales buscaban sus propios medios para poner de manifiesto su descontento con el régimen. Para colmo, entre los militares también surgieron sectores disonantes, defendiendo el retorno a los cuarteles y la normalización de la vida política.

En cierto sentido, la suerte reservada al general Figueiredo no es de las más envidiables. El deberá suceder a un hombre que, a lo largo de cinco años, gobernó el país como un monarca absolutista, siempre distribuyendo pequeñas dosis de promesas de normalidad política. Hubo progresos, es verdad: hoy día, Brasil es, de las dictaduras militares latinoamericanas, la que se encuentra más cercana a una vía pacífica de transición (pacífica, desde luego, si se compara con las dictaduras vecinas: los derechos humanos continúan sien-

do violados; las libertades individuales siguen restringidas; la tortura, aunque en menor escala, sigue siendo un método, y la opresión de la mayoría de la población permanece como una pieza clave en el esquema de gobierno). Pero Geisel significó, también, una gran defraudación: sus promesas iniciales de una "apertura lenta y gradual" quedaron prácticamente en cero.

Figueiredo llegará al poder coincidiendo con el inevitable ocaso del régimen militar, desgastado por quince años de pésima administración del país. El Brasil que le regala Geisel es un país de insatisfechos, entregado a las corporaciones multinacionales, con sus reservas y riquezas regaladas, por anticipado, a todos los grandes piratas y mercaderes del mundo. Es verdad que, en parte, ese fue el Brasil que Geisel heredó de su antecesor. Lo que muchos millones de brasileños se preguntan es qué clase de país les será devuelto por los militares.

Será seguramente un Brasil bien distinto al de 1964, cuando un golpe de Estado colocó a los generales en el trono. Los grandes problemas no fueron resueltos. Al revés, se agravaron. La industria automovilística y la especulación inmobiliaria crecieron mucho, es verdad. Pero la tasa de mortalidad infantil alcanzó el promedio de 97 muertos por cada mil niños nacidos (en España, según datos de las Naciones Unidas referentes a 1975, la tasa es de 13,8 por cada mil) entre 1964 y 1975 (1). El aumento del coste de la vida fue asustador: para comprar en 1976 algo que en 1965 valía cien cruzeiros, serían necesarios 877. Eso, en Río de Janeiro. En otras ciudades, los precios al consumidor subieron aún más (en Curitiba, por ejemplo, serían necesarios 1.533 cruzeiros, y en Belo Horizonte, 1.102). Desde luego, los salarios no tuvieron el mismo incremento. Entre 1972 y 1976, los salarios subieron un 300 por ciento, mientras el coste de la vida pasaba la barrera del 500 por 100.

La gran expansión de la economía internacional entre 1968 y 1973 trajo para los brasileños la ilusión de un gran "milagro económico". Deshecho el sueño, el país se dio cuenta que el verdadero milagro ha sido sobrevivir. ■ E. N.

(1) En algunas ciudades del Nordeste brasileño, región de miseria, los índices de mortalidad infantil son los siguientes: Recife, 256 muertos por cada mil niños nacidos vivos; João Pessoa, 169; Fortaleza, 140. El record pertenece a Maceió: 347 muertos por cada mil niños nacidos vivos. Esos datos se refieren a las zonas urbanas. En la zona rural suelen ser aún más elevados.

EL GENERAL

El general João Batista Figueiredo tiene sesenta años y es hijo de otro general. Dos de sus hermanos ostentan el mismo rango. Los caballos son sus amigos: a ellos el general dedica sus mañanas. Fotos del general acariciando el lomo sudoroso de una yegua o saltando obstáculos con gallardía sobre un alazán se hicieron súbitamente comunes en Brasil.

Sus dos hijos son civiles: ingenieros. El general hubiera preferido hijos militares.

El padre del general se llamaba Euclides de Figueiredo. En Brasil es considerado un demócrata. En 1937, cuando se instauró la dictadura populista de Getulio Vargas, el entonces coronel Figueiredo se opuso, fue detenido y exiliado. El hecho de ser hijo de un militar demócrata implicaría cierto aval para las intenciones del nuevo Presidente. Hubo incluso un diputado de São Paulo que definió así al nuevo hombre fuerte del Brasil: "Ilustre, irreprochable, dueño de inteligencia privilegiada, liberal y demócrata, pues tiene todos los cromosomas del padre".

Las especulaciones genéticas, en todo caso, fueron luego suplantadas por el interés que despertaron las declaraciones políticas del general. Por ejemplo: "Deberíamos tener más partidos políticos. No tantos como en España. Sería bueno tener un número impar. Cinco es un buen número". Sobre el régimen militar también llamado "revolución" o "Gobierno revolucionario" en Brasil, él dice que "siempre pretendió normalizar la vida del país. A nosotros no nos gustan las peleas, no queremos pelear, pero muchas veces somos forzados a eso".

En relación con dos temas importantes, la amnistía a todos los presos, exiliados y desterrados políticos y la revisión de las punitivas arbitrarias, la opinión del general no es muy tranquilizadora. "Amnistía es olvido. Y no es posible olvidar los crímenes de los que asaltaron Bancos, asesinaron y secuestraron. Esos crímenes no se pueden olvidar". Pero admite revisar algunos procesos.

Algunas veces, el general escribe poemas. La verdad es que el general escribe poemas muy malos: "Pues la condición primera / de un soldado en formación / es atender que la carrera / no sofoca el corazón" o "No vengo a contar ventajas / ni a reforzar las tintas / quiero darte una imagen / sólo para que sientas / que esta llama que calienta / mi pecho hace cuarenta años / es fuego que sobrevive / a pesar de los desengaños".

Pero el oficio del general es escribir otro tipo de texto: los largos informes confidenciales sobre los temas y ciudadanos de su país. El general es el jefe del temido SNI —Servicio Nacional de Informaciones—, a ejemplo de otro Presidente brasileño anterior, el nefasto Emilio Médici.

Toda su capacidad de manejar datos e informes sobre personas, al fin y al cabo, no le ha ahorrado una molestia: el mismo día en que el Presidente Geisel confirmaba a sus asesores más íntimos que el general Figueiredo era su elegido, el jefe de la Casa Militar, general Hugo Abreu, le pidió que reconsiderara la decisión. Los motivos de esa rara petición estaban en un largo informe, preparado por la Casa Militar, denunciando en detalle todos los negocios muy



El general João Baptista Figueiredo: sus caballos son sus amigos.

poco lícitos en que se hallan envueltos los hombres considerados como "el futuro equipo del futuro Presidente". Inclusive sus dos hijos.

Geisel ignoró la advertencia y el general Abreu dimitió del cargo. Pero la denuncia no obtuvo demasiado eco: al fin y al cabo, la corrupción es sólo uno de los variados ingredientes de la gran receta de las dictaduras militares en América Latina.